cias, refranes y estratagemas, de que usó dentro y fuera de la corte, con suma presteza y gracia; pues te aseguro, amado lector mio, que luego que ví esta historia en idioma estraño, me dediqué á su traduccion al nuestro con el fin de complacerte, y darte en que diviertas los ratos de ociosidad: y si midieses tu gusto con el con que yo te he deseado servir, colmarás en un todo la medida de mi deseo. No te haga novedad el que no me haya valido de conceptos delicados, pues mi fin no ha sido otro, que hacer sin etimologías una traduccion para todos: pues como enseña la remontada pluma del águila de la Iglesia san Agustin, lo especial de los escritores no está en hacer volúmenes abultados, sí en adornarlos de dulzura para el gusto, y de utilidad para el gobierno de la república. En las frases rústicas de este volúmen hallarás, mirándolas por defuera, suma complacencia al gusto, sin que te estrague la voluntad en su recreo; pero si te introduces á lo interior de su moralidad, hallarás, que no tiene palabra, aun de las mas ridículas simplezas, que no se dirija á tu comun provecho y económico gobierno. Y así, lector discreto, te encargo lo leas con cuidado, paraque no te se desperdicie el fruto que en él se encierra, suplicándote procures suplir la duplicacion de términos que encontrares; pues el idioma toscano muchas veces es variable á la lengua española y solo me ha llevado el deseo de tu diversion, como lo puedes ver en el afecto con que te ofrezco mi tarea. *VALE.*

HISTORIA

DE LA VIDA, HECHOS,

Y ASTUCIAS SUTILISIMAS

DEL

RUSTICO BERTOLDO.

TRATADO PRIMERO.

INTRODUCCION.

En el tiempo que Albuino, Rey de los Longobardos, era cuasi dueño de toda la Italia, teniendo su solio Real en la hermosa ciudad de Verona, llegó un dia á palacio un paisano, el cual tenia por nombre Bertoldo: era hombre disforme y de feo aspecto; pero donde faltaba la perfeccion de su persona, suplia la sutileza y vivacidad de su ingenio, pues era muy agudo y pronto en responder á cualquier asunto. Ademas de lo dicho, era tambien sumamente malicioso y de natural melancólico, como por la mayor parte suele acontecer con toda gente rústica y campesina. La estatura y fisonomía se explica tal cual como era.

La fatal figura de Bertoldo.

Era sumamente pequeño de cuerpo; la cabeza muy gorda y redonda, á modo de bola; la frente muy arrugada; los ojos muy colorados, brotando fuego; las cejas muy largas y cerdudas; las orejas eran borricales; la boca grande y un poco tuerta, con el labio de abajo colgando, á modo del de los caballos; la barba bermeja, tan larga, que le caia al pecho, y al último hacia una punta, que imitaba á la del macho; las narices muy agudas y enfaldadas hácia arriba, siendo largas en extremo; los dientes le salian de la boca á modo de colmillos de jabalí, con tres ó cuatro papadas en la garganta, que hacian tal ruido cuando hablaba, que parecian ollas que cocian á la lumbre; tenia las piernas cabrunas, á manera de nigromántico; los pies muy largos; el cuerpo sumamente belludo, que todo él le cubria como un pellejo de oso; las medias que llevaba eran de lana muy gruesa, y todas remendadas, á manera de tapices viejos; los zapatos muy gruesos, y á proporcion los tacones muy altos. De este hombre se puede decir que era todo al revés de Narciso.

Audacia de Bertoldo.

En fin, despues que nuestro Bertoldo llegó á palacio, se introdujo en las primeras antecámaras, y prosiguiendo adelante, se internó en donde estaban todos los grandes, validos y ministros; pasó por medio de todos, hasta poder ver al Rey; y sin quitarse el sombrero ni hacer el menor acto de cortesía, se fué á asentar junto la Real persona, quien, como era benigno y piadoso, y que su gusto le tenia en ver semejantes figuras, se imaginó que este hombre seria de ingenio gracioso y bufon, contemplando que muchas veces suele infundir la naturaleza con algunos dones particulares, que no á todos se les concede, una gracia tan especial. El Rey, sin dar muestras de enfado, ni alterarse, le empezó cariñosamente á preguntar diciendo:

Preguntas y respuestas entre el Rey y Bertoldo.

Rey. Quién eres tú? Cuándo naciste? Y de qué tierra eres?

Bert. Yo soy un hombre, nací cuando mi madre me parió, y mi tierra es este mundo.

Rey. Quién son tus ascendientes y descendientes?

Bert. Las Judías en la olla; porque cuando cuecen suben y bajan; y comiéndolas yo, vienen á parar en mí.

Rey. Tienes padre y madre, hermanos y hermanas?

Bert. Los tengo; pero todos han muerto.

Rey. Pues cómo los tienes, si dices que se han muerto?

Bert. Porque cuando salí de mi casa los dejé á todos durmiendo, y por eso digo que todos han muerto; pues uno que duerme, está como si lo fuera: y yo hallo tan poca diferencia del uno al otro, que creo evidentemente, que el sueño es hermano carnal de la muerte.

Rey. Cuál es la cosa mas veloz del mundo?

Bert. El pensamiento.

Rey. Cuál es el mejor vino que hay?

Bert. Aquel que uno bebe en casa agena.

Rey. Cuál es aquel mar, que nunca se llena?

Bert. La codicia en el avariento.

Rey. Cuál es la cosa mas fea, que se puede dar en un mozo?

Bert. La desobediencia.

Rey. Cuál es la cosa, que se puede notar mas en un viejo?

Bert. La lascivia.

Rey. Qué cosa es la mas de notar, y delito mas enorme, que se pueda hallar en un mercader?

Bert. La mentira.

Rey. Cuál es aquella gata, que por delante te lame, y por detras te araña?

Bert. La muger ramera.

Rey. Cuál es el mayor fuego de una casa?

Bert. La muger viciosa y la lengua de un criado.

Rey. Cuáles son las enfermedades incurables?

Bert. La locura, la verídica gangrena, y las deudas del tramposo.

Rey. Quién es el hijo, que quema la lengua á su madre?

Bert. El pábilo de la vela.

Rey. Cómo me traerás tú aquí una criba de agua, sin verterla?

Bert. Esperaria á que helase, y congelada la traeria, sin verterse.

Rey. Qué cosas son las que el hombre busca, y no las quisiera hallar?

Bert. Los animales inmundos que se hallan en la camisa, los puntos en las medias, y el bañado infecto.

Rey. Cómo cogerias una liebre sin perro?

Bert. Esperaria que estuviese cocida, y entonces la cogeria.

Rey. Tú tienes buenos sesos, si se vieran.

Bert. Y tú mejor humor, si no comieras.

Rey. Ea, pídeme todo lo que tú quisieres, que yo estoy pronto para darte todo lo que pidieses.

Bert. Quien no tiene nada suyo, mal puede dar á otros.

Rey. Pues por qué yo no te puedo dar lo que tú pidas?

Bert. Porque yo ando buscando felicidad, y tú no la tienes; y así no me la puedes dar.

Rey. Para que sepas si soy feliz, no te basta el verme sentado sobre este alto trono?

Bert. Aquel que mas alto se sienta, está mas peligroso á caer y precipitarse.

Rey. Mira cuántos señores y caballeros andan al rededor de mí para obedecer mis órdenes.

Bert. Tambien los hormigones andan al rededor del árbol, y le roen la corteza.

Rey. Pues yo luzco en mi corte, como brilla el sol entre las mas lucidas estrellas.

Bert. Tú tienes razon; pero yo veo mucha obscuridad con la adulacion.

Rey. Concluyamos: Quieres quedarte en la corte?

Bert. Aquel que se halla en libertad, no debe buscar la esclavitud.

Rey. Quién te movió á venir aquí?

Bert. El creer yo, que un Rey fuese mas grande, que los demas hombres, con diferencia de diez ó doce pies mas alto que ellos, y que sobrepujase sobre todos los campanarios y tejados; pero ahora veo que eres un hombre ordinario, como los demas, y que no tienes mas diferencia, fuera de ser Rey.

Rey. Así es verdad. Yo confieso soy hombre, como los demas en la estatura; pero de poder y de riqueza sobrepujo, no solo diez pies sobre los demas; pero mas de mil varas: y ahora solo deseo, que me digas, qué te motiva para hacer semejante discurso?

Bert. El borrico de tu factor.

Rey. Qué tiene que ver el asno de mi factor con la grandeza de mi corte?

Bert. Te diré: Primero que tú vinieras al mundo, ni tu corte se instituyera, el asno ya rebuznaba, y aun cuatro mil años antes.

Rey. A, á, á: Lindo asunto, para reir, has propuesto.

Bert. Siempre la risa abunda en la boca de los locos.

Rey. Tú eres un rústico malicioso.

Bert. Mi naturaleza lo permite.

Rey. Yo te mando, que luego al instante te quites de mi presencia, y si no te haré echar con tu daño, riesgo y vergüenza.

Bert. Yo me iré; pero advierte, que son las moscas de una calidad y naturaleza tan porfiada, que aunque las echen, vuelven lue-

go; y así, si tú me mandas echar, tengo de volver de nuevo á importunarte.

Rey. Pues véte; y si no vuelves delante de mí, como dices hacen las moscas, te tengo de hacer cortar la cabeza.

ALEGORIA PRIMERA.

La Ciencia en todo género de personas es amable, y aunque resida en un hombre rústico y mal parecido, y que su aspecto demuestre ser inculto de potencias, no hay duda que es de apreciar para todos; y si sucede que tal vez suele ser amenazada de grandes, no por eso se espanta, y es siempre fácil al hombre sabio huir de todos los peligros, que le pueden suceder.

Astucias de Bertoldo.

Partióse: fuése á su casa, y se montó en un borrico muy viejo que tenia, todo desollado y lleno de mataduras, y cuasi comido de moscas, y se volvió de nuevo á palacio, acompañado de millares de moscas y de tábanos al olor de semejante carniza, que todos juntos hacian un nublado, que apenas se le divisaba; y llegando á la presencia del Rey, así le dice:

Bert. Ya me tienes aquí, Rey mio.

Rey. No te dije yo, que si no volvias delante de mí, como las moscas, que te haria dividir la cabeza del cuerpo?

Bert. Las moscas no van sobre las mataduras?

Rey. Sí, es cierto, así van.

Bert. Pues ya me ves volver sobre esta matadura gangrenada y llena de moscas,

que al borrico y á mí cuasi nos tienen comidos, que es lo que yo te he prometido.

Rey. Desde luego te califico por hombre de grande ingenio; anda, que yo te perdono. Ola, criados, llevadle, y dadle de comer al punto.

Bert. No come aquel, que aun no ha acabado la obra empezada.

Rey. Pues tienes tú que decirme otra cosa?

Bert. Aun todavía no he empezado.

Rey. Ea, quita de ahí esa peste; y tú retírate luego de mi presencia, porque veo venir dos mugeres, y es muy dable que vengan á que les dé audiencia, que despues que las haya despachado, podrás volver aquí.

Bert. Ya me retiro; pero advierte, que des la sentencia justa.

Pleito de las dos mugeres.

Llegaron las dos mugeres delante del Rey, y una de ellas habia hurtado un espejo á la otra: la dueña del espejo se llamaba Aurelia, y la que lo habia hurtado se llamaba Lisa, y tenia en la mano el espejo. Aurelia, querellándose al Rey, así le dice:

Aur. Señor, has de saber, que esta muger entró á noche en mi cuarto, y me hurtó aquel espejo que tiene en la mano; yo muchas veces le he suplicado me lo restituya, y ella me lo niega, sin querer volvérmelo; y así

vengo á tu presencia, para que, como Rey y Señor justo, hagas justicia.

Lis. Señor, no es cierto lo que dice, que yo ha muchos dias que lo compré con mi regaladísimo dinero; y no sé como esta pícara tenga atrevimiento semejante de pedir aquello que no es suyo.

Aur. Justísimo Señor, no des crédito á las falsas razones de esta muger, porque es una ladrona pública, que no tiene conciencia; y sepa V. Mag., que si no fuera cierto lo que digo, yo no me hubiera movido á pedir lo que no fuera mio por todo el oro del mundo.

Lis. Ay, qué conciencia de beata! Qué bien sabe ella fingir, para que todos la crean, y juzguen tiene razon: ah, hermana, no sabias otras escusas mas á propósito? Con lo que me consuelo, es, que estamos delante de un juez, que conocerá mi buena conciencia, y tu grande falsedad.

Aur. Tierra, cómo no te abres, y tragas aquesta infame, que con tanta desvergüenza me niega lo que es mio, y con suma picardía finge, que ella sola tiene razon, intentando me tengan por embustera? Ay Dios mio! Descubre tú la verdad de este caso.

Justa Sentencia del Rey.

Vamos despacio, aquiétense, que ahora quedarán contentas. Tomad el espejo, dijo el Rey á uno de los presentes, rompedle en

pedazos muy menudos; y repartidlos entre las dos en partes iguales, que de este modo quedarán ambas contentas.

Lis. Yo consiento en que se rompa el espejo, y de esta manera se acabará nuestro pleito.

Aur. Yo no, Señor, mas presto permitiré de que se lo lleve ella todo, que romperlo, pues no tengo ánimo para ver romper un espejo tan hermoso; y ademas de esto, siempre tengo esperanzas de rescatarlo algun dia, estando entero; pues puede suceder la remuerda la conciencia, y me lo restituya: con que yo permito, que se lo lleve ella á su casa, y acábese nuestro pleito.

Lis. La sentencia del Rey me ha gustado: hágase pedazos, que con esto no tendrémos mas motivo de reñir; vamos al hecho.

Prudencia grande del Rey.

Rey. Verdaderamente conozco, que el espejo es de esta, que no quiere que se rompa, pues con el llanto y súplicas que hace, muestra con señales evidentes y claras, que es la dueña propia; y que esta otra es la que lo hurtó: désele el espejo á esta, y á esa otra échenla de aquí ignominiosamente.

Aur. Piadosísimo Rey mio, yo te doy infinitas gracias de este favor, pues como benigno y justo, con tu gran prudencia has conocido la malicia de esa infame; y por lo mismo has dado la sentencia, como juez tan

sabio y justo: yo quedo pidiendo al cielo, que te guarde, y te dé las mayores prosperidades, que para mí deseo.

Rey. Véte en hora buena, procura de ser muger de bien. En verdad, que se conocia ciertamente que el espejo era de esta pobre cuitada.

Riendose Bertoldo de la sentencia del Rey, que habia estado escuchando, dice así:

Bert. Rey mio, tú no tienes conocimiento.

Rey. Pues por qué no lo tengo?

Bert. Porque te crees de lágrimas de mugeres.

Rey. Pues por qué no tengo de creerlas?

Bert. No sabes tú, que su llanto es engañoso, y que cada cosa, que ellas hacen ó dicen, es todo hecho con artificio; pues aunque parece que lloran con los ojos, rien con el corazon, suspiran delante de ti, y por detras hacen burla: hablan al reves de lo que piensan, y derramar lágrimas, repelarse, morderse, mudar de rostro, todos son fraudes y engaños, que se los dictan sus insaciables deseos y pasiones mugeriles.

Alabanza que hace el Rey á favor de las mugeres.

Rey. Tanta bondad tienen en sí las mugeres de juicio y prudencia, que es todo muy al reves de cuanto tú les atribuyes; porque

si alguna peca, es por descuido, ó por su mala fortuna ó fragilidad femenil; y por esto mas dignas son de compasion, que de castigo, por ser mas débiles y flacas, que los hombres: pero díme la verdad, á uno que estuviese separado de este sexo, no le contemplarias como á muerto? Lo primero, la muger ama al marido, gobierna los hijos, los cria, los educa, los mantiene y enseña buena doctrina: la muger cuida de la casa, mantiene la hacienda; cuida de la familia, solicita que las criadas cumplan con su obligacion, y evita los desórdenes, que pueden suceder en una casa; la muger es apreciable para la vista de los mozos, consuelo de los viejos, y alegría de los niños, claridad cierta de dia y reposo de la noche; ama con fidelidad, es dulce para tratar, noble en su conversacion, clara en cualquier contrato, discreta para mandar, pronta en el obedecer, honesta en sus razones, modesta en sus procederes, moderada en la comida, parca en la bebida, agradable con los de casa y tratable con los de afuera; en suma, la muger junto al hombre, se puede decir que es una piedra oriental, engastada en el oro mas fino; y no porque alguna caiga en un frenesí ó extravagancia, se debe culpar á todas; porque hay millares al contrario de esta, que son mugeres de bien y sumamente apreciables; y así la sentencia, que yo he dado, estoy seguro que es muy justa.

Bert. Bien se conoce, que tú amas mucho las mugeres; pues de ellas has hecho un elogio de palabras, tan elegante á su favor, que parece imposible poder elogiarlas mas; no obstante, ¿qué me darás, si antes que te acuestes mañana á la noche te hiciese yo desdecir de todo lo que has dicho á su favor?

Rey. Cuando yo me desdiga de lo dicho, diré que eres el hombre mas sagaz del mundo; y solo te advierto, que si no lo cumples, te he de mandar ahorcar al punto.

Bert. Ea pues, hasta mañana á la noche, que ya nos verémos.

Luego que anocheció, se retiró el Rey á su cuarto; y Bertoldo, despues que habia cenado, se fué á dormir á la caballeriza, discurriendo entre sí hallar camino, para hacer que el Rey se desdijese de las alabanzas que habia hecho á favor de las mugeres; y habiéndole ocurrido una buena astucia, se acostó, esperando que amaneciese para ponerla en obra.

Astucia de Bertoldo.

Así que amaneció, se levantó Bertoldo, y fué á buscar á aquella muger, á quien el Rey le habia dado la sentencia en su favor; y así le dice.

Bert. No sabes tú lo que el Rey ha determinado?

Aur. Si tú no me lo dices, yo nada sé.

Bert. Pues ha dicho, que se rompa el espejo, como lo sentenció, y que á cada una de vosotras se os dé la mitad de él; pues la otra apeló de la sentencia, que el Rey dió á tu favor: con que, por no oir mas quejas, quiere que se divida, y se satisfaga á entrambas.

Aur. Con qué el Rey ha determinado que mi espejo se rompa? Pues cómo va eso? Despues de haber sentenciado que se me restituya entero y bueno! Haces tú burla de mí? Anda, quítate de mi presencia.

Bert. No hago burla; antes te aseguro con verdad, que de su misma boca se lo he oido decir.

Aur. Ay de mí! Qué es lo que oigo? Puede ser que lo haga para dar satisfaccion á aquella infame muger. O, qué sentencias tan justas, y qué acciones tan nobles de un Rey! O pobre justicia, qué bien administrada estás! Ahora conozco y creo, que se da mas crédito á la mentira, que á la verdad. O desdichada de mí! Paciencia, pues esto me convendrá. Es posible que te vea yo hecho mil pedazos, espejo querido mio! Ah, ah, ah!

Bert. No quisiera, que te sucediese algo peor, que esto.

Aur. Pues qué peor me puede suceder á mí?

Bert. Que el Rey ha promulgado una ley, en que manda, que cada hombre pueda casarse con siete mugeres; con que mira tú

si esto es aun peor, por las desgracias que resultarán en las casas con tantas mugeres juntas.

Aur. Qué dices? Con qué el Rey quiere, que cada hombre tenga siete mugeres? Esto sí, que es mucho peor que si hiciera romper todos los espejos de la ciudad; pero qué diablos de locura se le ha metido en la cabeza?

Bert. Yo no te puedo decir mas; lo que sé es, que todo lo que te he dicho, se lo he oido decir sobre el asunto: ahora es tiempo, que vosotras os defendais, antes que el mal pase adelante. Dejándolas con este enredo alborotadas, volviéndose á palacio, esperó en él, antes que anocheciera, la resulta del suceso.

Tumulto de las mugeres con la falsa voz divulgada.

Despidióse Bertoldo, y Aurelia creyó fuese verdad la invencion de este enredo, y precipitadamente se fué á buscar sus amigas y vecinas, y les contó por estenso cuanto habia oido decir á Bertoldo. Ellas, que oyeron tan nunca oida novedad, se enfadaron de tal suerte, que como perras rabiosas, y feroces leonas, echaban fuego por los ojos y dardos por la boca; de manera, que se divulgó en breve esta noticia por la ciudad; de suerte, que se juntaron millares de mugeres, que todas hablaban á un tiempo sobre el caso: y habiendo tratado bastante del asunto, resol-

vieron ir todas juntas á ver al Rey, y confundirle á fuerza de gritos y batahola de voces, para obligarle á que se desdijese, y no tuviese efecto la ley, que habia determinado promulgar. En efecto, como ellas lo pensaron y lo trataron, llenas de rabia y despecho, se fuéron á palacio, y amotinadas se introdujeron hasta los mismos cuartos de la Real persona, en donde empezaron á meter tan grande ruido y gritería, que parecia un infierno ó la torre de Babilonia, como si todas las mugeres del mundo estuviesen dentro de ella; de tal modo, que el Rey nunca pudo entender palabra de semejantes alborotos, sí solo estaba aturdido y confuso, no sabiendo la causa de un tan excesivo tumulto, deseando saber cual seria el motivo de aquel estrépito; pero faltándole la paciencia y sufrimiento por tal insolencia, temeridad, gritería y algazara, tomó el arbitrio de la seriedad y del enfado, y lleno de cólera y severidad de rostro, en alta voz así les dijo.

El Rey enfadado, y Bertoldo riendo.

Volvióse el Rey á ellas con rostro colérico, diciéndoles: Qué novedad es esta? Qué es lo que oigo? Qué motivo habeis tenido para hacer una sublevacion como esta? Quién os ha puesto en tal desórden? De qué ha nacido vuestro bullicio? A qué fin son todas estas exclamaciones? Estais espiritadas? Qué demonios teneis? Decid luego cuál es el motivo de este alboroto.

Mugeres. Venimos, dijeron todas juntas, á saber lo que contra nosotras has publicado, y de qué ha dimanado la locura tan extrema, que se te ha puesto en la cabeza. Gritó otra en sola voz de las mas descaradas y rabiosa, diciendo: Qué frenesí te ha dado tan raro contra toda ley divina y humana, para mandar que á cada hombre le sea permitido de casarse con siete mugeres? Ay, y qué consideracion tan prudente ha hecho V. M.! mas yo le aseguro con certidumbre, que no saldrá con una opinion tan bárbara y temeraria.

Rey. Locas, qué es lo que decís? Hablad claro, paraque yo os entienda, á fin de que os pueda responder al asunto.

Mug. Señoras, dijo una de ellas, vamos poco á poco, callen por Dios, y déjennos entender. Digo, Señor, en nombre de todas, que mereces bien que te echen ó te derriben del trono en que estás sentado, y aunque te sacasen los ojos ignominiosamente; pues bien te lo tienes merecido, por la ley que has publicado.

Rey. Qué afrentas ó qué injurias os he hecho yo? Hablad claro, no me tengais suspenso, deponed vuestra rabia y enfado.

Mug. No te lo habemos ya dicho bien claro otra vez?

Rey. No os he entendido muy bien, volvedlo á decir segunda vez.

Mug. No hay peor sordo, que aquel que no quiere oir, nosotras volvemos á decir, que no se puede cometer error mas grande, como el que tú has cometido en imponer una ley nueva, de que cada hombre pueda tener siete mugeres: mucho mejor seria, que cuidáras de tu reino, y de tantos negocios arduos, en que estás por Rey constituido; y no meterte en lo que nada te importa: lo has entendido ahora? Pues mira, si eso intentas, has de permitir tambien, que cada muger tenga siete maridos. Qué partido es el que tomas? Resuélvete; que en eso venimos empeñadas, y deseamos saber tu resolucion.

El Rey echa enhoramala las mugeres, blasfemando de semejante sexo.

Rey. Ah, sexo ingrato y descortes! Quién os ha dicho, que yo he impuesto ley semejante? Apartaos de mi presencia, idos muy enhoramala, rebeldes, importunas, desatentas y temerarias; pues ahora conozco lo que quiere decir muger: quien dice muger, dice engaño, maldad, zizaña, daño, discordia, no hay casa ó lugar, donde entran y salen, que no lleven consigo, arrastrando como rastrillo, todas estas malas propiedades, siguiéndolas el fuego de sus propias pasiones: muger quiere decir un caos de engaños y de

traiciones; es un barro infernal, que por él se oyen continuamente llantos y lamentos de los pobres maridos; ellas son ruina de los padres y tormento de las madres, desgracia de los hermanos, vergüenza de los parientes y destruccion de las casas; en suma, ellas sirven de pena y afliccion á todo el género humano. Quitaos delante de mí, y no volvais mas á mi presencia, espíritus infernales. O, válgame Dios! Qué fatigado me tienen con tanto ruido estos diablos de mugeres! Pero si yo llego á saber el inventor de este chasco, aseguro que le he de hacer castigar, segun su merecido. Ya se han ido estas insolentes; gracias á Dios que me veo libre de ellas! Pues no ha faltado mucho, paraque entre todas no me hayan sacado los ojos.

Despues que se fueron las mugeres, se templó el Rey. Bertoldo, que habia estado escondido, escuchando toda la bulla, y como habia logrado su designio, se puso delante del Rey, y le dijo:

Bert. Qué dices á esto, Rey mio? No te dije, que antes que anocheciese habias de leer el libro al reves de como ayer lo leiste en alabanza de las mugeres? Ya discurro quedarás desengañado de lo que ellas son.

Rey. No se puede creer, ni imaginar semejante impostura; pues han fingido, que yo he mandado que cada hombre pueda tener siete

mugeres á un tiempo: cosa que hasta ahora no se lo ha imaginado el mismo diablo, ni á mí me ha pasado por la imaginacion, ni el pensamiento. O, qué mala semilla y vil canalla!

Bert. Tú no te acuerdas del convenio que hemos hecho entre los dos?

Rey. Digo que has salido con la tuya, y que tienes mucha razon; y pues has ganado, en pago quiero que te sientes conmigo en mi Real trono.

Bert. No pueden cuatro nalgas caber en un trono solo.

Rey. No importa, que yo haré hacer otro junto al mio, te sentarás en él, y darás audiencia conmigo.

Bert. El enamorado, ni la señoría, no desea compañía; y así gobierna tú solo, pues tú eres el señor y dueño.

Rey. Yo creo, que habrás sido tú el autor de aqueste enredo: es verdad? Dímelo.

Bert. Tú lo has adivinado, y no me puedes castigar, en virtud de la palabra que me diste.

Rey. Supuesto que ha sido esta invencion de tu ingenio, yo te perdono; pero quiero primero que me digas, cómo has tramado este enredo.

Bert. Yo fuí á buscar aquella muger á quien tú favoreciste en el pleito del espejo; hícela creer nuevamente, que tú querias hacer romper el espejo, y dar la mitad á su

contraria; añadí, que habias mandado, que cada hombre pudiese tener siete mugeres: motivo por el cual se han amotinado en número tan crecido, y han hecho tan grandes estremos, como has visto, y hablado tantos desatinos, como has escuchado.

El Rey pesaroso del mal que habia dicho de las mugeres, vuelve de nuevo á alabarlas.

Rey. Tú has sido mayor inventor de enredos, que el mismo Merlin; y así, tanto por tu malicia, como por el desórden que has causado, has incurrido en delito gravísimo. Ahora digo, que las infelices han tenido mil razones de mostrarse contra mí tan iracundas: no podia yo creer, que el sexo mugeril pudiese estar tan privado de juicio, que cometiese tantos desórdenes sin grandísimo motivo; y á la verdad, no podia ser mayor que este para irritarse conmigo. Y pues tú has dado ocasion de decir mal de ellas (cosa que ya no quisiera haber dicho por todo el oro del mundo) por lo que siento, desde luego me desdigo y me arrepiento, y de nuevo vuelvo á decir, que el hombre sin la muger es como la viña sin podar, jardin sin fuente, rio sin barca, prado sin yerba, monte sin leña, espiga sin grano, árbol sin fruto, ciudad sin plaza, fortaleza sin guarnicion, palacio sin balcones, torre sin escaleras, rosa sin olor, sortija sin piedras, pino sin sombra,

rio sin pesca, selva sin árboles; en suma, todo aquel que se halla privado de tan deliciosa compañía, se puede decir, que es espejo sin azogue, un diamante sin brillo; y en fin...

Bert. Un borrico sin cabeza.

Rey. Gran bestia eres.

Bert. Tú me has conocido el primero: ya veo que tú proteges mucho las mugeres, no quiero que hablemos mas de ellas; y así lo pasado pasado.

Rey. Todo aquel que quiere ser amigo mio, no diga mal de las mugeres, pues ellas no ofenden á nadie, no llevan armas, ni buscan quimeras; son de naturaleza muy dóciles, plácidas y benignas, quietas, amables, y de toda buena correspondencia; en suma, estan adornadas de todas las virtudes, y decoradas de santas costumbres; y así te aseguro, que no me incitarás con motivo alguno de provocarme á ira contra ellas, pues si tal me sucediera, y segunda vez tú lo intentaras, te habia de castigar severamente.

Bert. No tocaré mas las cuerdas de esa guitarra; pero espero darte otro chasco, y con todo eso hemos de ser amigos.

Rey. Dice el refran, que no porfies con el hombre potente, porque estarás léjos del agua corriente.

Bert. Tambien el hombre que calla, dicen, que es agua mansa.

La reina envia un recado, preguntando al Rey por Bertoldo, porque deseaba verle.

En el mismo tiempo que el Rey y Bertoldo estaban hablando, llegó un criado de parte de la Reina, el cual dijo, que deseaba su Mag. ver á Bertoldo; y así le suplicaba le enviase á su cuarto, porque habia sabido tenia sumo gusto en chasquear á las mugeres. La Reina tenia intencion de hacerle dar una buena tunda de palos; y el Rey, luego que oyó la súplica de la Reina, se volvió á Bertoldo, y le dijo:

Rey. Bertoldo, la Reina dice que te quiere ver, aquí está el mensagero, y así véte luego con él, que estará impaciente.

Bert. Los mensageros tanto suelen tener de bueno, como de malo.

Rey. Al hombre melancólico siempre su conciencia le remuerde.

Bert. La risa de palacio no es gustosa, y mas tiene de falsa, que de verdadera y sencilla.

Rey. El que está inocente, siempre pasa seguro entre las bombas.

Bert. La muger airada, el público encendido, y la sarten agugereada, son tres cosas de gran perjuicio á una casa.

Rey. El hombre melancólico á menudo se acuerda de aquello mismo que teme.

Bert. Muchas veces el cangrejo salta de

la sarten por librarse de ella, y cae en las ascuas.

Rey. Quien siembra infamias, recoge culpas.

Bert. Tambien debajo del sombrero se esconde la asquerosa tiña.

Rey. Quien ha enredado la tela, que desenrede.

Bert. Mal se puede desenredar, cuando las cabezas estan añudadas.

Rey. Quien siembra espinas, no ande descalzo.

Bert. Contra el estímulo es dificultoso oponerse.

Rey. No temas, que nadie te ultrajará.

Bert. Al confortador no le duele la cabeza.

Rey. Díme, yo creo que tú temes que la Reina te dé alguna pesadumbre.

Bert. Muger iracunda, mar con espuma.

Rey. Pues mira, que la Reina desea muy ansiosa el verte, anda gustoso, y no dudes que serás bien recibido.

Llevan á Bertoldo delante de la Reina.

Presentaron á Bertoldo delante de la Reina, la cual estaba noticiosa de la burla que habia hecho á las mugeres el dia antecedente: habia hecho aprontar algunos garrotes, y ordenó á las criadas le encerraran en un cuarto, y le sacudiesen bien el polvo, á discrecion; pero luego que ellas le vieron de

tan monstruosa figura, se irritaron mas contra él; y la Reina dijo:

Rein. Jesus, qué figura de mico!

Bert. Díjole la zorra al lobo, qué haces, bobo?

Rein. Cómo te llamas?

Bert. Yo no llamo á nadie, y cuando me llaman respondo.

Rein. Cómo te apelas?

Bert. Yo no me acuerdo, que jamas me hayan pelado.

Mientras que la Reina preguntaba á Bertoldo, una de las criadas venia preparada con un jarro de agua para mojarle por detras; pero advertido, por no haber faltado persona que lo avisara, intentó nueva industria, para librarse del chaparron; no obstante prosiguió su conversacion con la Reina, sin darse por entendido de nada.

Astucia de Bertoldo, para librarse de que no cayera el diluvio sobre su cabeza.

Rein. Dime, quién te ha enseñado tantas astucias, que pareces adivino?

Bert. Digo, que yo conozco y adivino cuanto hay y puede haber: si acaso alguna muger ha cometido algun delito, si está enamorada, si no es casta ó tiene otro género de flaqueza, inmediatamente daré individual noticia de todo, ó si hubiese alguna que me quisiese mojar á traicion, yo no me detendré

en decir lo que de ella sé, pues es cosa que no me puedo contener en semejantes ocasiones.

Bertoldo se libra del diluvio.

Una de las criadas, que llevaba el agua para mojarle, oyendo semejantes razones, volvióse por donde habia venido con todo disimulo, paraque no la viese Bertoldo; porque tuvo miedo no adivinase, ó descubriese algun pecadillo, que tenia oculto, ni tampoco de las demas compañeras se atrevió ninguna á seguir el chasco, porque cada una por sí tenia su trapito metido en lejía; pero como la Reina estaba quemándose de cólera contra Bertoldo, ordenó á todas, que cada una de por sí buscase un palo, y le apaleasen á toda su satisfaccion. Con semejante órden arremetieron contra él con grande furor y rabia, como quien deseaba complacer y dar gusto á su señora. Viéndose el pobre Bertoldo en tan grande peligro, recurrió de nuevo á sus acostumbradas astucias, y les dijo:

Bert. Cualquiera de vosotras, que haya sido la que ha dispuesto dar veneno al Rey en su mesa, yo estaré contento con que tome el palo, y me rompa los huesos.

Empezaron todas á mirarse unas á otras diciendo: Yo no he pensado en cosa semejante. Respondia la otra: Ni yo tampoco; y así todas fueron respondiendo, aun hasta la

misma Reina; con que volviendo cada una á poner su palo de donde lo habia tomado, quedó Bertoldo ileso en la cruel batalla de tan furiosas leonas.

Insiste la reina, en que Bertoldo sea castigado.

La Reina, á quien aun duraba el enfado contra Bertoldo, determinó que se le diese la tunda de palos. Envió un recado á los guardias paraque al tiempo que saliese de palacio, descargasen sobre Bertoldo todos de mancomun con sus palos, y que no tuviesen conmiseracion. Salió pues, haciéndole acompañar de cuatro criados, paraque le conociesen; y estos mismos trajesen la noticia de lo sucedido.

Astucias paraque ninguno de los guardias llegase á él.

Cuando vió Bertoldo que no habia arbitrio de poder escaparse de órden tan estrecha, consultó con su entendimiento; y volviéndose á la Reina, con grande humildad, le hace la siguiente súplica: Señora, ya que conozco tan claramente que es tu voluntad el que yo sea castigado y apaleado de tus guardias, te ruego me concedas una gracia, que es muy fácil, y está en tu mano la concesion de ella, y por ningun motivo te puede ser difícil de darme el sí; baste solo que tu voluntad se cumpla en que yo quede apaleado: lo que te